PRESENCIA



BUENOS AIRES, VIERNES VEINTIDOS DE ABRIL DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y NUEVE. — AÑO UNO — NÚMERO IX

Aparece el segundo y cuarto viernes de cada mes. Dirección: Sarmiento 930. Administración: Venezuela 649. Imprenta: San Juan 3875. Buenos Aires. Precio del ejemplar: $ 0,50 Suscripción anual: $ 12.–

A UN CAÑON DE COSTA

Polifemo en la costa, can marino
ladrador de la verde travesía;
un aullido de muerte abre una vía
desde un lomo de hierro masculino.

La luna en vano ni el albor salino
templan tu sed de antenas y agonía.
Desde tu corazón de artillería
meditas un espanto submarino.

En vano espumas, arrecifes, vela,
quieren adormecer con su ternura
el duro hierro de tu voz salvaje.

Montada frente al mar tu centinela
espera libertar para la altura
el cuervo graznador de tu mensaje.

LUIS LÓPEZ ANGLADA.



LA CULTURA Y LOS VALORES CULTURALES

La obra cultural no transmuta la naturaleza, la perfecciona.

Cultura viene de "colere", cultivar y su acepción más llana se refiere a la actividad agricultora, mediante la cual el hombre ayuda a la tierra a producir sus frutos. De esta manera, configura una especie de "mayeútica" (ayudar a parir), e implica la actuación de un ser inteligente como causa eficaz de dicha ayuda.

Por consiguiente, en oposición con el pensamiento culturalista moderno, que crea un abismo entre el mundo natural y el cultural [1], sostenemos que en el proceso de la cultura hay sólo una "ayuda", de una causa "inteligente", a una "naturaleza", para que ésta (verdadera causa eficiente) se perfeccione y sobreeleve dentro de su propia línea esencial; es decir, adquiera una propensión a "actualizar" sus "potencias". *Naturaleza o esencia*, es precisamente aquéllo del ser, que permanece y recibe accidentalmente los cambios.

Por ello es acertada la definición [2]: *"cultura significa la acción de ayudar al desarrollo de una naturaleza en dirección a un fin determinado por un ser inteligente, de acuerdo a sus facultades específicas".*

La cultura es la perfección de la naturaleza humana.

Llevando este problema al campo de lo histórico y refiriéndonos a la noción de *Cultura* que en él se elabora, vemos que aquí: la naturaleza que se perfecciona y se sobreleva en su línea propia —es decir— actualiza sus potencias, es la misma "naturaleza humana".

La naturaleza humana se actualiza en los individuos; pero cada hombre, —como que el hombre es creatura y no Ser Simple Creador, no realiza todas las posibilidades de la esencia específica. Las potencialidades esenciales de los seres contingentes materiales, se realizan plenamente sólo en la multiplicidad. Un hombre no puede conocer todo lo que es humanamente posible conocer, ni amar todo lo que es humanamente posible amar.

Mas, esta realización perfectiva en la pluralidad, de los humanos, lleva en sí ciertas notas que la diversifican de las realizaciones plurales de las otras especies inferiores. Así, a la simple *pluralidad contigua* y *sucesiva* del vivir de los animales, el hombre agrega con su existir: la *"historicidad"*. Y al decir *Historia*, estamos involucrando la idea de un cierto lazo espiritual, de un convivir, de una memoria, de una cierta unidad coparticipada, permanente y vivificante.

En posesión de estos antecedentes podemos intentar una definición de la *Cultura*. Ella es, pues: *"la "ayuda", que a la realización o actualización de las virtualidades o potencias de la naturaleza o esencia humana a través del desarrollo de la historia, presta —en el medio social-político—, la propia inteligencia del hombre; que a su vez se vale instrumentalmente del tesoro histórico recibido de sus antepasados".*

Los valores culturales, clasificación y jerarquización.

Ahora bien, ¿cuál es el contenido de esa memoria? ¿qué es lo que integra ese tesoro histórico del cual la inteligencia política se vale instrumentalmente? ¿qué es lo que permanece, ya que los individuos perecen?: las realizaciones humanas, los llamados "valores o bienes culturales".

Al hablar de realizaciones humanas nos referimos a las realizaciones del hombre en cuanto tal, ejercitando las virtudes de su alma racional; pues la racionalidad es lo formal en lo humano.

Por ello —en nuestro criterio— es justo, que la misma clasificación de las virtudes intelectuales del alma sea la que sirva para dividir los valores culturales.

No vemos gran ventaja en la clasificación de corte idealista, que toma el R.P. Martín Grabmman [3] de E. Rickert, y que no es más que la traducción al idealismo kantiano de la vieja división aristotélica de las virtudes intelectuales del alma.

Más consecuentes con Aristóteles, ordenamos los valores culturales en: *especulativos, éticos* y *estéticos* (estéticos en sentido amplio, abarcando artes y técnicas u oficios; véase cuadro aclaratorio en nota 4).

Respecto de los primeros, diremos que su realidad ontológica la constituye el contenido (conceptos, juicios, sistemas de pensamiento) de un *signo* (palabras, discursos, tratados); y de los últimos, el contenido (imperativo o exhortación moral o práctico útil) de una *norma expresa*, ya sea ética (leyes, nociones teórico-prácticas de prudencia política, etc.) o bien estética (reglas de artes y oficios). Los *signos* y las *normas expresas* son el vehículo de la tradición histórica.

Esta *"clasificación"* envuelve además una *"jerarquización"* de los valores o bienes culturales, pues respetando el orden de lo natural, los valores estéticos habrán de subordinarse a los éticos, y éstos a los especulativos.

La cultura tiene entidad histórica y su concreción actual es la Occidental Cristiana.

Insistimos, en que esta consideración "estática" precedente, debe completarse con la visión ya planteada de una "dinámica cultural"; pues los valores contenidos en *signos* y *normas expresas*, no sólo se *"producen"* con respecto a un hombre determinado y a un determinado momento histórico, sino que luego —como decíamos—, se *"transmiten"*, de hombre a hombre en la sociedad y de generación a generación en la historia.

La *Cultura* se va desarrollando y completando a través de la historia; podríamos decir que es *la misma historia desde el punto de vista de la perfectibilidad acumulativa del actuar humano*. De allí que no podamos considerarla solamente como una pura noción teórica; es ésta, *"hic et nunc"*, es existencial; su estudio no puede quedarse en una pura intelección abstracta, sino que debe abocarse también a la comprensión de un *"fieri"*, de un desarrollo concreto.

Urge aquí destacar nuestra divergencia con el pensamiento de Spengler, para quien *"las Culturas"* constituyen ciclos cerrados y aislados. Hay ciertamente, en el proceso de la Historia, ciclos o períodos con su nacer, crecer y morir; pero esta división, que proviene del orden de las causalidades materiales: tiempo,



territorio, raza, circunstancias históricas accidentales, etc., no niega la realidad de una unidad; lograda por la permanencia de las causaciones formales de la cultura, *las mismas virtualidades humanas actuadas*; tales como, las elaboracione veraces del intelecto especulativo (ej.: filosofía griega), los valores éticos (ej.: derecho romano) o estéticos (ej.: artes clásicas; grandes inventos: la rueda, el acero, etc.); que transmitidos de generación a generación y conservados por la memoria, sobreviven al tiempo y continúan fecundando la perfección humana muchos siglos después de la muerte de aquéllos que los actuaron originariamente.

El hombre antiguo sólo podía acudir a sus virtudes personales, en la medida en que carecía de historia, de realizaciones anteriores a él; el hombre moderno, además de sus virtudes (menguadas en algunos aspectos en comparación con las del antiguo), apela hoy a los "sistemas" y a los "usos" y "métodos"; en este sentido puede decirse que hay un progreso. Pero de esos "usos" y "métodos", los hay que son vivificantes para la personalidad individual, así los éticos; otros en cambio, —y muy particularmente la alternación de la escala de valores—, la anulan, así los técnicos; cuya hipertrofia y descontrol provoca hoy el fenómeno del *homúnculo moderno*, ser inculto y deshumanizado, que vive como "de prestado", sin tener que esforzarse para encontrar la solución de sus problemas, ni a ejercitar sus virtudes prácticas, dispensado por la experiencia anteriormente adquirida; es el hombre "standard" que habla orgullosamente de "su" técnica, sin comprender la paradoja de su indigencia, pues no fué él quien montó el edificio de la civilización, sino los que pasaron.

A través de más de treinta siglos de historia, podemos seguir la obra de la humanidad amasando el tesoro de su *Cultura*, que ya suma hoy un cuantioso patrimonio: la *Cultura Occidental Cristiana*, nuestra herencia de hombres del sglo XX. El acopio sucesivo y decantado, de los valores de pensamiento y acción, de ejercitación de potencias especulativas y prácticas éticas y estéticas, ha montado el enorme edificio de sabiduría y ciencias, moral y derecho, arte y técnicas, en que hoy podemos vivir.

Nuestra *Cultura Occidental*, entra en pleno desarrollo —acabada la noche de la prehistoria— en Grecia, sintetizadora de los aportes valiosos de las antiguas civilizaciones orientales y mediterráneas; consolidada éticamente y expandida por Roma, es finalmente perfeccionada y sobreelevada por el Cristianismo. En todo este proceso, notamos claramente el carácter particular ya apuntado: *la pervivencia en su unidad y en sus principios rectores*.

La *Cultura Occidental* es la sobreviviente en todas las universales hecatombes; y éste, es un hecho que contribuye a afirmar la demostración de su autenticidad.

Esta perduración proviene de la veracidad de los principios especulativos y de la genuinidad de las soluciones prácticas concordes con aquéllos, que caracterizan a lo Occidental y lo constituyen fundamentalmente; y también, de la consecuencia de unos y otros —principios y soluciones— con el orden natural, con el hombre y con el ser. De donde resulta la paradoja de que: tanto más excelente sea una "cultura" cuanto más fiel a la "natura".

La *Cultura Occidental* Cristiana ha sobrevivido en la historia porque es la única plenamente humana.

Y con esto no pretendemos proscribir en absoluto una actitud abierta a la asimilación de valores extraoccidentales.

OSVALDO BERDINA.

(1) H. Rickert: "Ciencia Natural y Ciencia Cultural"; Ed. Espasa Calpe Argentina S.A., Bs. As.

(2) Octavio N. Derisi: "La noción de la cultura en la filosofía contemporánea y en la filosofía tomista"; Rev. "Sol y Luna", Nº 4, Bs. As.

(3) Martín Grabmman O. P.: "La filosofía de la cultura de Santo Tomás de Aquino"; pág. 34, C.E.P.A., Bs. As., 1942.

(4) Cuadro de los valores culturales referidos a la clasificación de las virtudes intelectuales del alma.

ESPECULATIVOS: *Virtudes*: *Sabiduría*; *Ciencia*. (*Valores Culturales*: *Cienc.* Metafísicas, Cienc. Matemáticas, Cienc. Físicas: Filosóficas, Empíricas); Sentido Común (saber Popular). PRÁCTICOS: *Virtudes*: Prudencia (*Valores Culturales*: Normas Eticas: Monásticas, Domésticas, Políticas); Arte (Normas Estéticas: Bellas Artes, Humor, Técnicas u oficios).



SONETO

Acaso no lo sepan y algún día
—por ese sino que les corresponde—
vengan a ti desde quien sabe dónde
buscando su expresión en tu alegría.

Puede que en tanto tu fervor se esconde
y por hallarlo el mío se extravía,
ellas vengan, ajenas todavía,
al cambio de tu voz que no responde.

Ajenas, diferentes, increíbles,
tus canciones que no fueron cantadas
vendrán por ti, pues son intransferibles.

Y el día de su arribo, desoladas,
se darán con mis llantos indecibles
y sabrán que también fueron lloradas.

JORGE VOCOS LESCANO



EL ULTIMO HOMBRE

—Ahora me doy cuenta que al principio y al fin del mundo Dios puso a un viudo sobre la tierra —pensaba este último hombre, mientras caminaba por la solitaria avenida de viejos tilos, adormecidos en el plácido día otoñal.— Esta sensación de tener trece costillas nos inspira la idea de que lleváramos sobre el vientre la tumba portátil de una amante, a la que uno no puede prestar una fisonomía definitiva; como si todas las mujeres lucharan en nuestra memoria por perdurar, con no sé que prestigio municipal de última esposa.

Y el último hombre llenaba sus días solitarios en ir quedándose viudo de todas las mujeres posibles. Lo hacía con una seriedad auténtica, cumpliendo con todos los requisitos del ceremonial; como si quisiera dejar establecido, de un vez para siempre, que la humanidad había sido una cosa seria y particularmente grata para su lastimado corazón de viudo.

Era ingenuo, espectacular y sencillo. Probablemente el Todopoderoso tuvo en cuenta estas virtudes de solterón filatélico, amante de las frases pomposas y el cuello duro, al adjudicarle la tarea de sepultar la historia con toda la gravedad del caso.

Sin embargo, a pesar de sus inclinaciones rutinarias de coleccionista, soportaba un alma libre; que de cierta manera respetuosa y nada exagerada solía caer en la tentación de dejar un epílogo literario de la aventura del hombre, seguro de no ser objeto de críticas irónicas.

Y entre estampilla y estampilla, glosaba alguna paginita medifilosófica, con su estilo pulcro y cuidadoso de escribano, cuidándose de no ser demasiado audaz, pues tenía un concepto de archivero sobre su responsabilidad histórica.

Así, sin grandes aspavientos, admitía también en él un elemento subjetivo, levemente romántico, que lo impulsaba por vías de preferencias, a enviudar con particular agrado de algunas mujeres cuyos rasgos conservaba con mayor intensidad en la memoria. Y en estas oportunidades, sus luctuosos ropajes adquirían una melancolía profesional de orador de funerales.

Después ya no fueron sólo las criaturas que de cierta manera viva surgían en sus recuerdos, y a medida que éstos se hacían imprecisos, vagos, comenzaron a entrar en sus sentimientos figuras de mujeres que nunca conoció, evocadas al azar de

un viejo, persistente perfume de alguna prenda femenina olvidada en un dormitorio o sobre la butaca vacía de un cinematógrafo.

Entonces permanecía sentado, triste, con la cabeza reclinada sobre el pecho, pensando que era un viudo de apenas tres semanas.

Yo no creo en la grosería del demonio. Y es estúpido suponer que el pecado original haya sido un acontecimiento tan poco original como el que le atribuye la imaginación del pueblo. No sé por qué sinrazón me inclino a suponer en el diablo una actitud excesivamente intelectual, y en el caso que me preocupa lo concibo como a un erudito fino, sarcástico, surgido de algún viejo tomo de teología y tentando a este último hombre para que diera un remate profundo y metafísico a la historia.

Todo trato con el diablo cobra la apariencia de lo real, debe haber tenido lugar en uno de esos momentos desesperantes en que la rutina pierde su prestigio y la imaginación vacante se predispone a cualquier encuentro inusitado. No sé cuales serían las palabras de este gran seductor del alma, pero aproximadamente el sentido de su tentación debe haber sido un convite a superar ese estado vulgar de viudez, por una relación más estrecha con lo divino.

Sólo el angelismo, el olvido total de los seres humanos y especialmente de las mujeres, debe ser el epílogo de una historia cuyo origen es paradisíaco.

Y el último hombre, arrojando sus ropas profanas, vestía alguna vieja, apolillada sotana, empeñándose con firme voluntad en borrar hasta el último vestigio de sus soportes humanos, para establecer una relación directa con lo absoluto.

Entonces se sentaba sobre la rotonda de la plaza principal, en la que aún subsistían las huellas invisibles de las antiguas retretas. Y en medio de los jardines abandonados, hacía sus ejercicios espirituales, empecinándose en realizar el milagro de una soltería perfecta, sin nostalgias, sólidamente asentada en su nesidad metafísica.

Indudablemente hubo una razón escatológica para elegir como último representante de la humanidad a un coleccionista de sellos postales, tan intensa y minuciosamente atraído por los pequeños detalles. En vano buscaba concentrarse, sus fuerzas se desparramaban acosadas por una población impalpable; que parecía eternizar un domingo, para siempre despierto entre los viejos árboles del parque, se sentía espiado por mil ojos de mujeres desconocidas, pugnando por tomar alguna forma en su memoria, egoísticamente vuelta hacia un ascetismo que de repente se le antojaba indelicado, grosero, casi asesino.

—No tengo derecho, no tengo derecho—sollozaba este último hombre. —No es posible terminar la historia con un santo, para que la vida tenga un sentido, es necesario, ineludible que yo sea un viudo. Si mi destino concluyera en la suficiencia helada de una pura espiritualidad, la historia es un rodeo innecesario, incumplido, y yo un principio en vez de un fin. Los santos se justifican en el camino, acá y allá como luces poderosas que destacan la realidad de Dios pero yo sólo puedo ser un viudo, el último, de una carne consumida, pero que aún recuerda y ama, y se estremece sacudida por el aliento de todas las almas que cayeron en la marcha.

Después de este pequeño discurso de efeméride, tan grato a su mentalidad de normalista, este último hombre prosiguió quedándose viudo con una aplicación tenaz y metódica, cerrando todos los ojos, perturbadores, inquietantes que lo miraban desde los ciegos balcones, llenos de esa oscuridad silenciosa que resumía la ansiedad total de la mujeres muertas, por perdurar en sus recuerdos.

Rubén Calderón Bouchet.



Prudencia templanza



EL CONGRESO

El Congreso Nacional de Filosofía realizado en la ciudad de Mendoza del 30 de marzo al 9 de abril ha tenido una significación nacional que no ha sido suficientemente destacada por las informaciones periodísticas. Tanto por la índole del tema que reunía a los congresales, por la cantidad y calidad de éstos, como asimismo por el valor de las comunicaciones presentadas y la significación y relieve de las discusiones sostenidas, este Congreso revela la pujanza de nuestro país, en un aspecto en que los más optimistas no le creían capaz de tantas y tan magníficas posibilidades. Congresales que habían participado de las deliberaciones de los Congresos de Amsterdam y de Barcelona, reconocían la superioridad de este nuestro.

La organización del Congreso

Es justo reconocer, en primer término, que la organización del Congreso no pudo ser más acabada. La ciudad de Mendoza, bella, pulcra y de dimensiones humanas, estuvo proporcionada a las conversaciones cordiales.

Las delegaciones extranjeras, aunque no incluyeron en todos los casos, a figuras de primera magnitud de la filsofía contemporánea, ofrecían un término medio de excelentes valores que reflejaban fielmente la realidad del saber filosófico de los medios universitarios y contribuían a facilitar un intercambio más parejo de ideas y de conversaciones entre los congresales. Hubo, sin embargo, valores de gran interés como Hugo Spirito, Nicola Abbagnano, el P. Cornelio Fabro de la delegación italiana, Charles de Koninck de Canadá, Fritz-Joachim von Rintelen, H. G. Gadamer, Helmut Kuhn, W. Szilasi y E. Fink de Alemania, Gaston Berger de Francia y valores sumamente promisorios como los de la delegación española.

Los delegados de los países latinoamericanos reflejaban asimismo, con suficiente fidelidad, el nivel de los estudios filosóficos de nuestro continente. Y grupos argentinos de las universidades de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, el Litoral, Tucumán y Cuyo, registraban el tono de la preocupación filosófica de nuestro país.

Los actos del Congreso se desarrollaron entre las sesiones plenarias y las sesiones particulares. Estas ofrecieron un interés mayor por la oportunidad de las discusiones que se hicieron, en ocasiones, muy despiertas y vivaces. Lástima que el número excesivo de sesiones particulares, trece en total, y la gran cantidad de comunicaciones en cada una de ellas, impedía concentrar las discusiones en los puntos de mayor interés.

Fué sensible percibir, ya desde el primer día de las deliberaciones, dos corrientes bien perfiladas de pensamiento, que podríamos caracterizar, la una como del pensamiento tradicional o escolástico y la otra, como del pensamiento moderno; si quisiéramos hablar con más precisión, habríamos de decir que hubo dos polos de pensamiento que se enfrentaban en forma profunda y radical, una la de los tomistas y la otra, la de los existencialistas. En una interesante comunicación, llena de franqueza, Hugo Spirito aludió a estas dos corrientes de pensamiento que caracterizó, la una como católica o dogmática, y la otra, como crítica. A su entender, los católicos no sabían filosofar sin presuponer el misterio de la gracia.

Sin embargo, una observación detenida y objetiva de las comunicaciones y del estado de espíritu de los congresales iba a poner de manifiesto que si es verdad que, en muchos casos, los católicos no saben colocarse en una actitud estricta y seve-



DE FILOSOFIA

ramente filosófica, mucho más verdadero aún que los que pretenden asumir posiciones críticas se mueven en un dogmatismo inverosímil. El grupo existencialista del Congreso dió de ésto una demostración "in vivo".

El dogmatismo de los existencialistas

Conocidas son las profundas diferencias que existen entre las corrientes existencialistas contemporáneas. Nacido el existencialismo con Keerkegaard como reacción contra el pensamiento "esencialista" y "racionalista" de Hegel, se tradujo en el presente siglo en las filosofías de Heidegger, de Jasper, de Gabriel Marcel, de *la philosophie de l'esprit* y de Abbagnano. Sería largo caracterizar cada uno de estos existencialismos. Para simplificar y para uso del lector común, es más conveniente distinguir con el P. Fabro un existencialismo de derecha o teológico-positivo y un existencialismo de izquierda o filosófico-negativo. Esto es, un existencialismo que se abre a toda realidad y verdad, y por lo mismo, a la verdad religiosa revelada y un existencialismo que se empeña en cerrarse en la finitud del hombre.

Ahora bien; el existencialismo, tal cómo se presentó en las discusiones del Congreso, no sólo no fué existencialismo a secas, de manera que incluyera a los de todas las corrientes, pero ni siquiera, existencialismo de izquierda —a pesar de hallarse presente Abbagnano—; fué casi exclusivamente, existencialismo de Heidegger.

Era fácil advertir cómo las discusiones que más apasionaban al grupo de existencialistas del Congreso eran originadas por el discernimiento de la mente del propio Heidegger; y sobre todo, por determinar la concordancia entre el Heidegger de *Ser y Tiempo* y el de *Carta del Humanismo*. Dos problemas apasionaban casi exclusivamente a este grupo, el primero si Heidegger se abría o no a Dios en su más recientes y últimos escritos, y el segundo, si esta apertura, en caso de verificarse, podía lógicamente concordar con su problemática de "Ser y Tiempo".

Este apasionamiento por la interpretación de Heidegger revelaba un dogmatismo filosófico, como si los problemas fundamentales y profundos de la filosofía hubieran de estar pendientes de los dictados heideggerianos. Dogmatismo tanto más censurable cuanto en algunos de los congresales se unía a un afanoso empeño por aferrarse a la antigua posición de Heidegger, tratando de ignorar su evolución posterior. Esta postura se hizo visible en la comunicación "Relación del ser con la ec-sistencia" del Profesor de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, Don Carlos Astrada. Posición dogmatista que no le permitió salir airoso de las atinadas observaciones que le formuló, entre otros, el P. Cornelio Fabro.

El dogmatismo existencialista iba a ser puesto en evidencia de manera tan poco elegante que suscitó la indignación de los del propio grupo, cuando él mismo Profesor Carlos Astrada aprovechó la sesión plenaria del lunes 4 de abril para asentar esta insólita tesis: "Hoy no se puede ser filósofo sino se es existencialista y no se puede ser existencialista sino se es ateo". Para medir la reacción que esto provocó, baste recordar la frase de censura de uno de los delegados alemanes, (y ciertamente no-católico) quien dijo: *Je suis effrayé de ça*. Estoy asustado de esto.

Pero le estaba reservado al Profesor Nimio de Anquin, de nuestra Facultad de Córdoba, uno de los que tuvieron actuación más destacada en el Congreso, hacer la demostración rigurosa de la actitud dogmatista del existencialismo heideggeriano. En su comunicación del 6 de abril, titulada *Derelicti sumus in mundo*, demostró que el existencialismo no podía admitir, sin contradicción interna, sino un *Dasein* absolutamente clauso, reducido únicamente a su propia presencialidad, sin derecho a afirmar nada, ni de su pasado ni de su futuro; sin derecho tampoco a experimentar ninguna angustia. El *Dasein* existencialista sería una suma de presencias. Hacer de él algo más implicaría abrir en él una fisura, introduciendo un elemento racional, que provocaría su desfondamiento.

La demostración de Anquin fué terminante. Carlos Astrada y otros, en vano intentaron una réplica. Y para añadir una prueba más de su dogmatismo hicieron circular la especie, fuera del recinto de deliberaciones, de que el profesor Nimio de Anquin había procedido de mala fe. Mientras tanto, a una invitación a discusión pública hecha por Charles de Koninck, en nota al Rector de la Universidad de Cuyo, para desvirtuar las antojadizas afirmaciones del señor Astrada en aquella sesión plenaria arriba mencionada, éste contestaba rehuyendo toda discusión pública y aceptando tan sólo una discusión privada, sin ninguna especie de testigos.

El caso de Astrada llevado por razones especiales de su temperamento a una expresión de relieve singular, puso de manifiesto, en forma harto significativa e inequívoca, el dogmatismo en que se mueve la filosofía moderna, salida de Descartes. Cuando se la obliga a revisar sus presupuestos, se declara impotente.

Las deficiencias de nuestro Tomismo

Con lo dicho no hemos querido invalidar todo existencialismo, sino a éste, tal como se manifestó en el Congreso. Creemos que los que nos profesamos discípulos —muy malos por cierto— de Santo Tomás podemos aprovechar mucho de las filosofías modernas y, en particular, del existencialismo. Por ésto, resulta tan ejemplar y simpática la posición del P. Cornelio Fabro, Profesor de la Universidad de Roma y una de las figuras más atrayentes del Congreso quien sostiene la legitimidad de todo existencialismo que, evitando un planteo idealista y puramente subjetivista, sabe abrirse a toda realidad, y en particular a Dios, suprema e imparticipada Realidad. El P. Fabro sostiene que el existencialismo auténtico es el de Keerkegaard, el cual, en sus grandes líneas, admite una interpretación católica. Para demostrarlo ha estudiado el danés y se ha puesto a traducir el "Diario" de Keerkegaard al italiano, del que ha publicado el primer volumen con una magnífica introducción. Sostiene asimismo el P. Fabro la infidelidad espúrea de todo existencialismo que renuncia al impulso profundo tras lo divino que debe animar a todo auténtico filósofo.

La posición del P. Fabro, tomista de gran autoridad que le ha conquistado su conocida obra, "La nozione metafisica di partecipazione secondo S. Tomaso d'Aquino", (Milano. 1939), nos lleva a dar cuenta de la otra posición que se puso de relieve en el Congreso de Filosofía. Nos referimos al Tomismo estricto que no reconoce legitimidad sino a la filosofía que partiendo de las evidencias naturales de los primeros principios de todo saber —evidencia que recoge el hombre en la realidad sensible— alcanza el saber del mundo, del hombre y de Dios.

Además del P. Fabro, este Tomismo tuvo un autorizado representante en Charles de Koninck, Profesor de la Universidad de Laval en Canadá. Sus difundidas obras "La Primauté du bien commun contre les personnalistes" y "Ego Sapien-

justicia fortaleza



tia" han hecho muy familiar su nombre entre nosotros. Pero sus artículos en "Laval Théologique y Philosophique" sobre la noción de contingencia y de límite, y su "Introduction à l'étude de l'âme" nos le revelan como un profundo conocedor de Aristóteles y de Santo Tomás y de la problemática moderna, particularmente en las ciencias experimentales y nos anticipan la obra filosófica de gran aliento, que ha de estar preparando.

La presencia del P. Fabro y de Charles de Koninck y la confrontación de las posiciones tomistas con el existencialismo y otras corrientes modernas, ha puesto de manifiesto las ventajas y deficiencias de formación de los tomistas argentinos. De ello diremos una palabra para terminar esta crónica.

Sabido es que el movimiento tomista en nuestro país ha comenzado recién, hace veinte y cinco años por la influencia de Maritain, Garrigou-Lagrange, Gilson, y, en general, de la literatura tomista contemporánea. Hemos carecido de maestros que nos guiaran en las lecturas y trabajos y hemos carecido asimismo de los elementos para un trabajo profundo y en las propias fuentes. Por otra parte, las cátedras, institutos y todos los recursos universitarios oficiales han sido utilizados en provecho exclusivo de otras direcciones filosóficas. Nada extraño entonces que nuestra formación filosófica se resienta de las deficiencias de toda improvisación y autodidactismo.

Sin embargo, y, a pesar de grandes lagunas, nuestro Tomismo, que busca permanecer fiel a los planteos y principios de Aristóteles y Santo Tomás, confrontado en el Congreso con la filosofía de otros grupos argentinos, ha demostrado vigor y manifiesta superioridad. Hemos sabido, frente a ellos, colocar rápidamente los problemas en el punto crucial y álgido, en que interesan a lo profundo del hombre, y hemos sabido demostrar la insuficiencia radical de los planteos modernos.

El Congreso nos ha enseñado que no debemos abandonar esta pasión por llevar todas las cuestiones a sus principios radicales y últimos; al contrario, hemos de profundizar en el pensamiento original de Platón, Aristóteles, San Agustín y sobre todo de Santo Tomás, para tomar contacto con la raíz misma del pensar filosófico. Y una vez dueños de esos principios vivos, hemos de entrar aún por dentro de la problemática moderna, y buscar solución a los problemas nuevos, o a los planteos nuevos de problemas viejos, a la luz de aquellos principios. Porque si es cierto que los modernos ignoran fundamentalmente el pensamiento tradicional —mucho más de lo que nosotros los ignoramos a ellos— nosotros no hemos de imitarlos. El ejemplo del P. Fabro que se mostraba mejor conocedor de Heidegger que muchos y caracterizados heideggerianos, nos ha de estimular a esta tarea de tomar contacto con las modernas filosofías.

El Congreso nos ha hecho comprobar también la debilidad de las posiciones filosóficas de compromiso como las filosofías de Blondel, o la *de l'esprit*, o tantas otras, que ni satisfacen las exigencias rigurosas del pensar filosófico ni por lo mismo aseguran firmemente los preámbulos de la fe teologal.

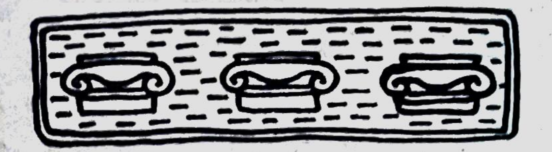
En definitiva, un gran Congreso que ha puesto de manifiesto las grandes posibilidades de la Argentina en el plano cultural y que en el plano cultural argentino ha puesto de manifiesto las grandes e insospechadas posibilidades de nuestro incipiente pero vigoroso Tomismo.

PRESENCIA.

DE KEERKEGAARD

En el editorial del presente número, decimos que el existencialismo de moda, al limitar su consideración a la finitud del hombre, ha traicionado el auténtico existencialismo de Keerkegaard que ha sabido remontar a sublimes meditaciones teológicas. Como una prueba de estas, transcribimos de su "Diario" la consideración que hace, el lunes de Pascua de 1847, el pasaje evangélico de la liturgia de ese día, en que se refiere la aparición de Jesús a los dos discípulos que iban de camino a Emaús. (N. de la D.).

La salvación camina siempre invisible con los afligidos, a lo largo del camino. La idealidad más alta es siempre la más cercana al hombre, pero los ojos de éste están cerrados. La idealidad más alta y la eternidad acompañan al hombre a través de las varias edades de la vida. El hombre no le presta mucha atención, no la contempla lo suficiente de cerca, sino que se pierde en veleidades, en vanas aspiraciones y menesteres. Así como se puede determinar la hora calculando la relación entre el cuerpo y su sombra, de igual manera la madurez de un hombre se determina por la medida en que su fe se acerca a la idealidad más alta. Pasan la juventud y la virilidad; y sólo cuando comienza a anochecer y el día declina, el hombre se percata que la idealidad más alta está más cerca de él y lo ha acompañado durante toda la vida. Pero él no la ha apreciado... Conceda Dios que entonces por lo menos permanezca en él.



LA MUSICA DE

La realidad del pensar musical de multitud de pueblos esparcidos sobre el haz de la tierra, cuyo canto fluye en formas y estructuraciones determinables, impuso a la estética una reconsideración de muchos de los términos que habían hasta entonces encauzado su desenvolvimiento, limitados, en general, al estrecho margen de formas consignadas a la "belleza clásica". La nueva perspectiva habría de involucrar, en cambio, un análisis de la legalidad interna de las formas artísticas históricas y socialmente vivas, y, a la vez, una comprensión simpatética de su intencionalidad expresiva. Basado en esta actitud, se replantea el problema de la creación artística.

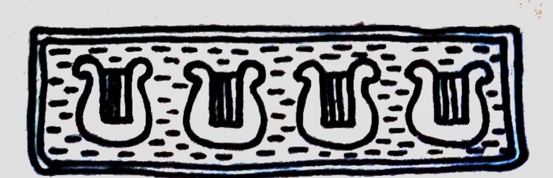
En el aspecto musical, por extensión también a los otros, el compositor que inspira sus obras en la proyección estética que configura el ámbito y destino de la comunidad, en el canto popular y tradicional en este caso, ingresa espiritualmente en ella, plasmando de esta manera para sí, en cada uno de sus actos de creación, una existencia más plena y auténtica, valorada en la medida en que ha sabido actualizar las formas y estructuraciones del acervo tradicional. De este modo el artista se integra en la esencia de la nacionalidad, pues confiere sazón a lo que hay en ella de potencial y germinativo, y anima con voz plena de insospechadas resonancias a los que hasta entonces eran tácitos anhelos de la estirpe.

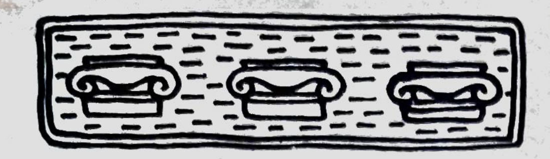
En nuestro ámbito argentino, el músico culto que conoce las grandes formas de la música europea (sinfonía, sonata, suite, variaciones) se enfrenta al enorme caudal de las canciones y de las danzas indígenas y criollas, con formas y características peculiares, muchas de las cuales mantienen hoy plena vigencia en diversos núcleos populares. Nuestro país ha sido de los primeros en América caracterizado por la preocupación de una música propia realizada en grandes formas instrumentales o líricas. En el sentido de estas aspiraciones hallamos también el afán de conferirle contenido significativo mediante la evocación de índole histórica, etnográfica o legendaria para lo cual es singularmente propicia la prestancia y despliegue escénico de la ópera y del "ballet". Asimismo anima a nuestros compositores la inquietud de trasuntar, mediante la más refinada armonía y timbre orquestal, el poético lenguaje de las comarcas del predio nativo impregnadas en sus bravíos confines por mítica sugestión ancestral.

Abocado a esta problemática, se destaca con rasgos eminentes la personalidad de Juan Agustín García Estrada. Nacido en Buenos Aires en 1895, García Estrada se consagró a la composición y ha mostrado a través de sus obras la asimilación profunda de los recursos de una técnica en cabal plenitud, mediante la cual le ha sido posible expresarse en lenguaje argentino o europeo, pero bajo señalada individualidad.

Comprenden sus composiciones música de cámara, sinfónica y dramática.

En cuanto concierne a la primera, la de cámara, mencionaremos sus páginas para canto y piano además del cuarteto de cuerdas laureado en Norte América. La más reciente de sus obras en el género la constituye el Trío para violín, cello y piano (dedicado a Jorge Beristayn), el cual se halla integrado por cuatro movimiento: Andantino quasi allegretto (nostálgico), Allegretto moderato, Romanza y Allegro moderato. García Estrada se expresa aquí en la dirección que en general perfila sus composiciones y a la cual se mantiene reiteradamente fiel: pensar musical esencialmente melódico y tonal, armonía plena de sentido, fraseo claro y simétrico. Cabe también señalar el cuidado por la solidez de la forma cuya realización, concisa más bien, rehuye con acierto los largos desarrollos, que con no rara frecuencia hacen languidecer la atención del audi-





GARCIA ESTRADA

torio. Aquí, como en el Cuarteto, resplandece en cambio un adecuado sentido de proporción y mesura. Aparecen en este Trío giros melódicos y ritmos de algunas especies de nuestra música popular: en el primer movimiento se destaca un penetrante tema de Triste, en el segundo, ritmos de Zamba; la Romanza posee características de Tonada. En el Allegro final alternan diversos ritmos y figuraciones de Gato. En la Romanza logra el Trío su culminación lírica, tanto por la nobleza de la inspiración como por la rara densidad sonora —casi orquestal— de algunos de sus pasajes. Fiel a las más caras modalidades subjetivas del autor, el carácter general de esta obra es de nostálgica delicadeza, como inmerso en sutiles reminiscencias interiores.

Entre las realizaciones sinfónicas de García Estrada se halla en primer término la suite "Ruralia Argentina", bien conocida de nuestros auditorios y también en el extranjero, pues algunos de sus números fueron ejecutados en París en 1929 por la orquesta de Walter Straram, considerada la mejor de entonces. En otra ocasión nos hemos ocupado in extenso de esta obra de rasgos magistrales. Señalaremos aquí, entre alguna de sus características, la deslumbrante orquestación del "Bailecito", el vigor formal y rítmico de la "Salteña", y la profundidad e inspiración del "Estilo" y "A la Oración", que confiere a estas páginas valor perdurable en nuestra literatura musical.

El poema sinfónico "Aconcagua" representa una cabal asimilación de la técnica impresionista conformada a través de una poética intencionalidad expresiva.

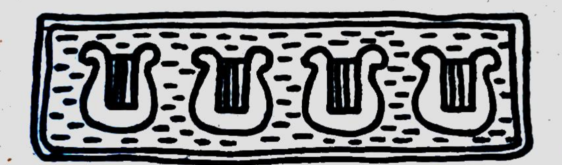
"Introducción y Vals (sobre una marina de Jorge Beristayn)", como asimismo la suite para instrumentos de viento "Cuentos de Grimm" evidencian las más sutiles modalidades del autor.

El esfuerzo mayor en la obra musical de Juan Agustín García Estrada está representado por su ópera en tres actos "La Cuarterona (Cuadros de Buenos Aires en 1700)", cuyo libreto le pertenece además. Aunque aún aguarda el estreno, podemos afirmar aquí los valores de su densa partitura, la cual nos ha sido dado tener entre manos y apreciar con criterio musicológico y estético: noble y profunda en su inspiración melódica, de acabado refinamiento en los aspectos armónicos e instrumental, animada con aliento e intensidad dramática. Asumen contornos excepcionales el extraordinario final del primer acto, en el cual el imponente "clímax" orquestal culmina en inefable grandiosidad; las escenas de sugestión indígena, la evocación de ceremonias de prestancia colonial, en el adecuado ambiente que le otorga la música de la época. Por momentos el discurso musical adquiere tonalidades aperladas, como las del aire en las horas vesperales. En otros, la armonía se concentra en hallazgos de sugerencia pictórica, en "pathos" elocuente, en opulencia barroca.

Esta ópera condensa en grado máximo el conjunto de experiencias estéticas del autor a lo largo de más de dos décadas. Mediante sucesivas asimilaciones, García Estrada ha sabido configurar un lenguaje propio e interiormente orgánico, cuya índole esencial hemos caracterizado más arriba.

Esta producción documenta el verdadero alcance de nuestra promisora madurez artística. Por ello entendemos que las autoridades competentes deben abocarse formalmente a la posibilidad de representarla y concretar así las comunes aspiraciones para realce de la cultura argentina.

MARIO GARCÍA ACEVEDO



EL DEMAGOGO ABIMELECH

El demagogo Abimelech era hijo de Gedeón-Jerobaal, y nada tenía de común con su homónimo el Rey de Gerara, contemporáneo de Abraham el Patriarca. Este Abimelech no fué Rey, aunque usurpó el reino, y, al revés que el de Gerara, despreció las leyes de Dios y las que rigen la convivencia entre los hombres. Nacido de una esclava, bastardo de sangre... y de alma, incapaz de comprender el noble gesto con que su padre ilustre había rechazado el mando, apeteció desordenadamente el poder, y, para satisfacer su ambición, quitó la vida a sus hermanos legítimos, hecho lo cual se enseñoreó de Sichem y de la ciudad de Mello, cuyos habitantes vivían olvidados ya de los días gloriosos de la profetiza Débora y de las portentosas hazañas de su caudillo Gedeón.

Poco tiempo hacía que, viviendo aún su padre, todos los varones de Israel habían dicho al mismo Gedeón: "Sé tú nuestro príncipe, y tu hijo, y tu nieto: porque nos has librado del poder de Madián". Mas Gedeón era como la oliva que no quiso ser promovida entre los árboles para no privar de su grosura a los dioses y a los hombres, y era también como la higuera que rechazó el principado para no abandonar la dulzura de sus delicadísimos frutos, y como la vid que no aceptó el mando por no echar a perder el vino, alegría de Dios y de los hombres... "No seré vuestro príncipe, ni tampoco lo será mi hijo, sino que será el Señor el que mandará a vosotros", contestó el caudillo a los varones israelitas.

Abimelech, en cambio, era como la zarza que invitó a los árboles a reposar bajo su sombra. Con palabras zalameras se dirigió a los parientes de su madre esclava y a los moradores de Sichem: "¿Qué es mejor para vosotros, que os dominen setenta hombres todos hijos de Jerobaal, o que un solo hombre sea vuestro Señor?... Considerad que soy hueso vuestro y carne vuestra". Los siquemitas prestaron oídos a las palabras de Abimelech e inclinaron hacia él sus corazones diciendo: "Hermano nuestro es". Y entregáronle los dineros almacenados en el templo de Baalberith, con los cuales se procuró una tropa de gente mendiga y vagabunda que le ayudó a degollar a los setenta hijos de su padre.

Había en Sichem una encina a cuya vera Josué había colocado la Piedra del Testimonio. Allí se congregaron los varones de Sichem y todas las familias de la ciudad de Mello, y dieron el reino al intruso. Tres años reinó Abimelech sobre Israel; y, como el Señor no estaba dispuesto a tolerarle más de los cuarenta y dos meses señalados en el Apocalipsis, al cabo de los tres años envió un espíritu pésimo entre Abimelech y los habitadores de Sichem ("espíritu pésimo" que era en realidad una misteriosa manifestación del Espíritu de Vida enviado de Dios, contemplado por el Apóstol predilecto). Los siquemitas comenzaron, entonces, a detestarle y a echarle en cara las mismas atrocidades que él cometiera con la ayuda y colaboración de ellos.

"Y vino Gaal, hijo de Obed, con sus hermanos, y pasó a Sichem". Alentados los de Sichem, salieron de sus casas en ruidosa algazara, talaron viñas, pisotearon frutos, violaron lugares sagrados, y, mientras en medio de borracheras y orgías maldecían de Abimelech, seguían frenéticos al nuevo usurpador, el cananeo Gaal... Pero a la letra había de cumplirse la imprecación de Joatham, único sobreviviente de los setenta hijos de Gedeón-Jerobaal: "Si os habéis portado con justicia y sin pecado con Jerobaal y con su casa, gozaos hoy con Abimelech, y él se goce con vosotros. Mas si habéis obrado perversamente, salga fuego de él, y devore a los habitadores de Sichem y de la ciudad de Mello, y de los moradores de Sichem y de la ciudad de Mello salga fuego y devore a Abimelech"... E injusta y pecaminosamente, por cierto habíase portado la chusma siquemita.

Enfurecido, Abimelech cayó como un rayo sobre el pueblo rebelde, seducido ya por el nuevo demagogo y rival suyo. Derrotó pues a Gaal, pasó a cuchillo a los siquemitas, sembró sal sobre las ruinas de la ciudad, prendió fuego al alcázar y quemó vivos a mil refugiados. Y, cuando, ebrio de sangre, pretendía tomar la villa vecina de Thebes, he ahí que, desde arriba de las puertas, una mujer le arroja una piedra de molino y le parte el cráneo. Mortalmente herido, el usurpador ordena a su escudero que le ultime para que no se diga que ha muerto a manos de una mujer.

El triste final del impío fué la moraleja del apólogo de Joatham sobre la zarza: "Dijeron todos los árboles a la zarza: Ven, y manda sobre nosotros. La cual les respondió: si de veras me establecéis por vuestro rey, venid y reposad bajo mi sombra; y si no queréis, salga fuego de la zarza, y devore a los cedros del Líbano"... Y otro precursor del Anticristo terminó su paso fugaz sobre la tierrra.

SANTIAGO DE ESTRADA.

ITALIA SI MUOVE

En el agitado panorama de la Italia de hoy sólo dos fuerzas se mueven con sentido histórico y revolucionario: el comunismo y el neo-fascismo. Aquélla en una aparatosa demostración de tácticas y dialéctica. Esta en la callada y profunda labor de revisión y reordenamiento.

El neo-fascismo italiano es uno de los esfuerzos colectivos más importantes en busca de un Orden, de la Europa de post-guerra.

La generación legionaria de la República Social Italiana, que forma la mayor y mejor parte de sus efectivos, auna, a la ya tradicional inteligencia política de ese pueblo, el vigor moral y ardor combativo necesarios para que las revisiones y habilidades no se conviertan en traiciones. No hay en ellos renuncia a lo que en el fascismo hubo de legítimo. No se niega la propia filiación. No se quiebra la línea histórica y generacional. Se analizan sí cuidadosamente los errores pasados, las líneas de acción, se depura la doctrina de gestos y de mitos.

Han aprendido profundamente, con su sangre y con su vergüenza, que la verdadera revolución política no se agota en la política. Que debe trascenderla y llegar a los planos más hondos de la realidad humana y social si quiere pasar del terreno de lo episódico al de lo duradero, del de la aventura al de la empresa.

Buena prueba de ello es la selección de artículos de la revista romana "La Sfida", órgano de los universitarios del Movimiento Social Italiano, de la que reproducimos los siguientes párrafos. (Nota de M. MONTEMAYOR).

Se habla mucho hoy de defender la civilización europea. Se habla de los sagrados principios, de los valores espirituales, se habla de las inmortales tradiciones. Comienza a ponerse en marcha toda la monstruosa máquina que sirve para uniformar la opinión de decenas de millones de individuos. Las lógicas consecuencias las conocemos y por eso decimos: atención señores ilustres parlamentarios, señores grandes periodistas, señores pensadores preocupados por el destino de la civilización occidental. ¿Qué derecho tenéis vosotros a hablar en nombre de los valores espirituales europeos, vosotros que os obstinais hoy, en la mitad del siglo XX, en ser discípulos y apóstoles de teorías en contraste con todos los valores europeos, de teorías que han dañado gravemente a estos valores, de teorías que han traído a Europa tales trágicas consecuencias, que hoy vosotros preocupados por la suerte del destino humano, lloráis?

Y si habláis como habláis sólo para defender los intereses de vuestros patrones contra la amenaza que viene del Oriente, sabed que no podéis contar con nosotros; todo eso no nos interesa. (*De "Difesa dell'Europa" por Bruno Satta Flores*).

El Occidente, este Occidente del cual tanto se habla, debe reconocer haberse equivocado y debe tener el coraje de descender hasta las mismas raíces de sus errores liberándose de aquellas ideas y concepciones que lo han llevado al desastre presente.

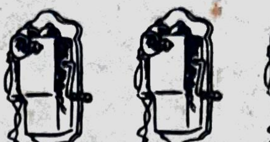
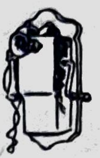
De otra manera todas las "federaciones europeas", todas las "alianzas atlánticas" serán inútiles, y las banderas de la subversión mundial encontrarán en Asia la fuerza práctica y la justificación moral necesarias para conquistar la victoria. (*De "Asia e marxismo", por U. Giusti*).

Es el elemento moral el que debe de nuevo incidir sobre el pensamiento económico. El racionalismo, numen del individualismo y de la clase debe ceder su puesto a la visión ética. Los economistas, para conquistar para el objeto de sus estudios una autonomía científica, han aislado la actividad económica del hombre de su ser moral con los trágicos resultados que presenciamos. (*De "Economia e Etica" por Silvio Vitale*).

Hoy, conocimiento y acción o si se prefiere pensamiento y acción, que en el mundo antiguo estaban jerárquicamente equilibrados, se han vuelto dos conceptos antitéticos entre los cuales la prevalencia fatal del segundo hace aparecer al primero como abstracción inútil. Está aquí el equívoco fatal de nuestro tiempo; la acción que es sólo un acto singular de eficacia práctica limitada, no puede tener en sí misma la propia justificación última y así como mil seres no hacen una unidad, así mil actos no establecen un solo principio.

Es necesario encontrar el coraje de negarse a entrar en el fatal engranaje de una máquina que no tiene otro fin que su movimiento, y dado que toda acción que no descienda directamente de una concepción espiritual, que no sea su manifestación práctica, es sólo activismo privado de significación real y potencia constructiva, todo el agitarse dinámico de esta vida moderna exasperada y casi obsesiva es sólo un fenómeno de frenesí colectivo. Un fenómeno que pasará en la historia sin dejar otras trazas que los registros de los manicomios y las negras crónicas de los diarios. (*De "Equívoco dell'azione" por Giuseppe Rauti*).

Porque este sistema (la democracia) que nosotros afirmamos superado demuestra una insospechada vitalidad en un campo práctico, aquél de su organización y defensa, en el cual por definición había sido siempre débil e inepto. Esto ocurre a nuestro parecer por la entrada de dos fuerzas que hasta ahora habían jugado poco en la vida política europea y cuya coalición en este fin será uno de los más interesantes problemas de nuestro tiempo. Hablamos del capitalismo norteamericano y de las fuerzas católicas de nuestro continente. Por eso hoy para nosotros, el verdadero y concreto peligro es esta formidable alianza conservadora entre el capitalismo de América y las fuerzas confesionales europeas que están reforzando el sistema democrático en sus instituciones, en su moral y en la misma mentalidad que lo acompaña. (*De "Alleanza conservatrice" por Giuseppe Rauti*).

Nosotros no somos ni podemos ser como los demás, en su plano no seremos batidos. Apuntar al partido de masas, hoy que las masas están monopolizadas no puede conducirnos más que al desastre. Debemos construir una estructura minoritaria pero sólida y dinámica, una organización que se funde en la fuerza propulsiva de los cuadros. Darse un fundamento doctrinario y una organización adaptada a este fundamento. Hacer en otras palabras un partido serio. Un partido que tenga una razón de ser no sólo política sino histórica. Un partido que no tenga necesidad del éxito inmediato y sepa tender a metas lejanas. (*De "Partito serio" por E. E.*).

Por eso, Padre Lombardi, he salido desilusionado de su reunión y lo que le diré, espero le explicará el motivo. Usted ha hablado del mundo liberal y del mundo comunista que se enfrentan y ha dicho que el uno lleva al egoísmo despiadado y el otro a la tiranía del Estado hecho máquina. Para oponerse a ellos es necesario volver al recto camino indicado por la Iglesia, única depositaria en el mundo de la Verdad y de la Salvación. No ha dicho empero, Padre Lombardi, que la derecha y la izquierda modernas son dos caras de una misma fuerza; la materialista que por su misma naturaleza tiende a desarrollarse en el peor sentido, pasando gradualmente del liberalismo al comunismo. Y no ha dicho sobre todo que esta verificación una vez hecha, impone el deber moral de una lucha sin cuartel contra todo el mundo moderno. ¿Y en vez? Usted que dice obrar en nombre del espíritu se vuelve a la derecha, cada vez más a la derecha hasta llamar salvadora de la civilización a Norteamérica, cuyo único primado está en la superioridad de las máquinas y de la técnica. ¿Qué es este Occidente que sueña unido contra el peligro rojo que lo amenaza por dentro y por fuera? Este Occidente, Padre Lombardi, significa democracia en política, capitalismo en economía, racionalismo en el campo del pensamiento, escepticismo en el de la religión. Este Occidente es a su vez responsable de una civilización que en todas las naciones y para todos los hombres es sólo búsqueda del placer, del bienestar, de una civilización en suma que es confort como dicen a ese respecto sus americanos. Porque usted sabe que los Estados Unidos y su americanismo son tan enemigos del cristianismo como Rusia y el comunismo, pero prefiere la primera a la segunda y hasta se alía con ella porque no usa comisarios políticos y deportaciones en masa. Por lo tanto en nombre de esa Iglesia que nació y se afirmó en la lucha, persecuciones y martirios, usted en la práctica nos viene a decir que hay que inclinarse por aquella parte, sin juzgar acerca de su verdad intrínseca, donde al menos salvaremos la piel. Toca a usted dar una respuesta, Padre Lombardi, usted que como hombre es tan inteligente como para comprender cosas que no he dicho y que como sacerdote es tan sensible como para angustiarlo el hecho de que veinte siglos de cristianismo se estén anulando en el sentido de dar una moral a un mundo que ha declarado ya no querer más ninguna. (*De "Lettera aperta a Padre Lombardi" por Marco Severi*).

Quien cree que la Revolución languidece o agoniza está en un error; la fuerza viviente de la Revolución es tan real como nuestra desesperada voluntad de luchar contra el mundo moderno. (*De "Bavaglio" por Roberto Marraffa*).

Los jóvenes de la Acción Católica de la clase 1927 han obtenido el aplazo de su ingreso al ejército para concurrir al Congreso de Roma. Para el primer congreso del Movimiento Social Italiano pediremos que nuestros afiliados jóvenes obtengan su salida de la cárcel. (*De "Dai giornali"*).